

## **Construir una mirada situada sobre una realidad compleja**

Autoría: Cristian Cabrera y Juana Cuneo.  
Volumen 9, enero 2026.

---

*Este año por primera vez desembarcamos nuestro dispositivo de trabajo en tres centros socioeducativos de régimen cerrado de CABA donde adolescentes de entre dieciséis y veintiún años de edad cumplen sus medidas procesales penales, a la vez que continúan sus estudios.*

Desde el área de sensibilización de Jakairá buscamos constantemente llevar propuestas de talleres a lugares en los que transitan adolescentes: escuelas, clubes deportivos, centros barriales, espacios culturales y de salud, etc. En 2025, por primera vez llevamos nuestro dispositivo de trabajo a tres centros socioeducativos de régimen cerrado de CABA a los que asisten varones adolescentes de entre 16 y 21 años de edad para continuar sus estudios mientras cumplen medidas procesales penales.

Sin dudas, el trabajo en instituciones de encierro destinadas a adolescentes nos trae muchas preguntas, reflexiones y nuevos desafíos para pensar el acompañamiento y la sensibilización. Las lógicas particulares sobre las que se construyen las masculinidades en esta población, las formas en que se dan los vínculos afectivos y en que tejen sus proyectos de vida, nos conducen a resignificar lo que entendemos como una mirada y una escucha capaz de alojar. Entonces, ¿desde dónde encarar el relato de esta experiencia? ¿Por las preguntas, por las reflexiones o por los desafíos? Recorreremos los tres aspectos, empezando por intentar conocer un poco a estos adolescentes y a estas instituciones, manteniendo siempre la necesidad de dejar de lado cualquier imaginario o prejuicio y de dar lugar a una mirada situada sobre una realidad compleja.

En las tres experiencias, el primer acercamiento fue similar. Como primera impresión, la imponente de los edificios donde funcionan los centros cerrados llamó nuestra atención. Una gran puerta que parecía pertenecer a otro siglo franqueaba el ingreso y un guardia de seguridad nos pedía nuestros documentos de identidad. Dejábamos todas nuestras pertenencias en un casillero con llave, mientras los materiales que llevábamos para usar en la actividad eran revisados para autorizar su introducción al establecimiento. Luego de cumplir estos pasos, atravesábamos varias puertas cerradas con candado que un guardia iba abriendo y cerrando nuevamente hasta llegar al espacio designado para el encuentro. Allí nos recibía una operadora social que nos entregaba un equipo de mate y nos guiaba hacia un sector con sillas dispuestas en ronda donde nos esperaba un grupo de ocho estudiantes. Le recordábamos al personal de la guardia que debía custodiar desde afuera del espacio, observando el taller a través del vidrio de la puerta o de las ventanas con el fin de garantizar el máximo posible de intimidad al grupo. Esto generaba chistes y risas por lo bajo entre los jóvenes y, en cierta medida, un primer lazo de complicidad entre ellos y nuestro equipo.

Al iniciar el primer encuentro había quienes expresaban su curiosidad al instante, sus ganas de saber de qué se trataba el taller. Y también quienes se mostraban

distantes con una seriedad que poco a poco íbamos desarmando con nuestras propuestas de trabajo. Comenzábamos por presentarnos y contarles que era un taller lúdico y participativo, en el que no debían tener miedo de decir algo “equivocado”, y donde nada de lo que dijeran iba a estar mal o bien. Les explicábamos que el objetivo era construir en conjunto un espacio seguro en el que resignificar nuestras experiencias, decir lo que pensamos y sentimos, escucharnos y crear respuestas grupales sobre lo que no sabemos.

Desde el comienzo, con esta población específica se nos hizo muy concreta la necesidad de pensar de manera situada las problemáticas que en otros espacios podemos abordar de manera más general. Si bien este ejercicio es importante hacerlo siempre, el propio imaginario y campo simbólico que circula en estas instituciones obliga a cualquiera a repensar sus prácticas y saberes en favor de crear una mejor intervención. A lo largo de todo este recorrido observamos lógicas propias desde las cuales se construyen estas masculinidades, sus vínculos, el afecto y la violencia. Lógicas provenientes muchas veces de los sistemas penales de adultos, que circulan también por los barrios donde estos jóvenes crecieron y hasta en el interior de sus familias, si tenemos en cuenta que la mayoría tienen hermanos, padres, abuelos o tíos cumpliendo condenas. Lógicas que parecen tan arraigadas como padecidas en los jóvenes que las portan, y por ello nos desafían a pensar cómo superarlas, cómo construir a partir de ellas un nuevo enfoque capaz de impulsarlos hacia mejoras concretas en su manera de relacionarse afectivamente, en su manera de cuidarse y cuidar a quienes los rodean, y de pensarse a sí mismos como sujetos de cambio.

Son muchas las preguntas, las reflexiones y los desafíos que se desprenden en este primer año de trabajo en instituciones educativas de régimen cerrado. Y, sin la pretensión de caer en respuestas cerradas, conclusiones generales o recetas acabadas, entendemos que una salida posible debe ser con otros, desde el armado de redes sólidas de cooperación, desde la interdisciplina y con la voz de las adolescencias como protagonista.

Para relevar la importancia de realizar propuestas de este tipo en centros educativos de régimen cerrado, podemos detallar una experiencia particular que ejemplifica la riqueza del trabajo conjunto entre nuestro equipo y la dirección de la institución. Nos convocaron a partir de un motín con los jóvenes y la llegada de una nueva directora. Ella y su equipo nos pusieron en contexto sobre lo que estaba pasando y sus principales necesidades y preocupaciones en torno a los vínculos que estos jóvenes suelen entablar con sus parejas: los celos y la desconfianza de algunos, la intención a veces explícita de “marcar” a sus novias con un embarazo, el trato violento aun durante las breves visitas o llamadas

telefónicas, ciertos imaginarios arraigados sobre cómo deben actuar sus parejas mientras ellos cumplen su condena, etc. Asimismo, nos informaron que habían tomado una medida restrictiva a partir del último motín: suspender el uso de la habitación destinada a encuentros íntimos de los jóvenes con sus parejas y establecer la obligatoriedad de participar en nuestros talleres como condición para recuperarla.

Nuestra propuesta, ya de por sí enfocada en vínculos sin violencias y en otras maneras de transitar las masculinidades y de encarar los cuidados, tomó así una nueva relevancia e incorporó una propuesta concreta de la directora, quien sugirió que en el marco de nuestros talleres los jóvenes pudieran resignificar el encuentro con sus parejas también a partir de pensar reformas en la habitación de visitas íntimas.

Así fue que trabajamos con ellos durante cuatro encuentros, cada uno de los cuales comenzó con juegos iniciales (caldeamientos) con el fin de fomentar la predisposición para participar y habilitar la confianza. Luego, cada encuentro tuvo una propuesta lúdica distinta enfocada en los temas que nos propusimos abordar. En estos juegos, una clave para estimular la participación fue la competencia como estrategia para despertar su interés y lograr mantenerlo a medida que se iban introduciendo temáticas poco frecuentes en su conversación cotidiana y pausibles de generar incomodidad sin que se perdiera el clima lúdico y la sensación de seguridad. Partimos de recursos didácticos y atractivos como las cuatro esquinas, el punto de encuentro, un gran tablero de piso, un dado inflable y ocho escalones para incorporar y profundizar cada tema. Hablamos sobre las distintas necesidades que surgen en el encuentro con sus parejas, dejando de lado ciertos mandatos que obligan a querer tener siempre relaciones sexuales, y las dificultades e inseguridades que pueden aparecer cuando la otra persona manifiesta no tener ganas. Se logró problematizar los celos, definir ciertos límites a partir de identificar las acciones, sus consecuencias y los sentimientos que desencadenan, y entender la construcción de confianza desde otros lugares posibles alternativos al control. Se dio lugar a reconocer en ellos mismos nuevas necesidades en el plano afectivo, la importancia de charlar, de escucharse, de jugar, pasar buenos momentos y poner en palabras lo que sienten. En cuanto a habitación de visitas, los jóvenes propusieron cambios para mejorar el espacio. La habitación era un cuarto lúgubre, húmedo, con un colchón en el piso y un baño. Como si el encuentro de una pareja se resumiera únicamente al contacto sexual, como si ambas partes estuvieran privadas de otra calidad de encuentro, de otras comodidades o beneficios. Las ideas que surgieron fueron que contara con buena iluminación y sus paredes estuvieran pintadas de color alegre, sumar una mesa y dos sillas para no obligar a la pareja a permanecer solamente acostada,



UNA MANERA DE VER LAS COSAS

incorporar elementos que favorecieran la conversación y actividades entretenidas, como un equipo de mate, juegos de mesa, y un parlante para poner música y no tener la sensación de que la persona de guardia del otro lado de la puerta podía escuchar lo que sucedía adentro.

Para finalizar, comentarios como “entre nosotros no hablamos de estas cosas, siempre que nos juntamos hablamos de secuencias de robos y de armas” y la pregunta siempre presente “¿van a volver? ¡Queremos tener más talleres!”, nos hace revalidar la importancia de sostener este tipo de espacios. Nos desafía a seguir pensando nuevas formas de llegar a esta población, de brindar propuestas que les permitan seguir pensándose, habitar nuevas identificaciones, hacerse nuevas preguntas, proyectar un futuro sin violencia y con vínculos más cuidados.